en su capilla; ofreciendo así el Santo angélico sepulcro provisional á Mariana, por no estar terminada la bóveda de Nuestra Señora de Loreto. Al cabo de un mes, aproximadamente, celebráronse las honras con la misma solemnidad, si no mayor, que el entierro, esto es con el mismo concurso, aparato y muestras de veneración. Después de verificarse aquel acto religioso, abrieron la caja los Padres jesuitas, en presencia de las autoridades, eclesiástica y civil, y hallaron el rostro tan fresco y tan risueño, como si fuese de persona viva. Cerrada al punto por temor de algún desorden de parte de la gente, fué trasladada á la capilla de Nuestra Señora de Loreto y colocada debajo del altar. Tres años después, de aquel virginal cuerpo no quedaba más que una pasta de preciosísimo olor. Habíanse realizado los deseos de la *Azucena,* pues en vida había pedido á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, el ser reducida después de expirar á polvo y ceniza. *Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes;* tal es su epitafio y tal es el resumen de toda su vida y virtudes.

Al cerrar este capítulo se nos ocurre una idea que manifestaremos brevemente á nuestros lectores. Mariana de Jesús se ofreció á la muerte como víctima voluntaria, para librar á su patria de los azotes del Señor, esto es, de las epidemias y temblores de tierra. Hoy día ruge más que nunca y nos amenaza con explosiones devastadoras un volcán mil veces más temible que los que están en las entrañas de la tierra: la impiedad y sus legítimos engendros, la masonería y el liberalismo. ¿No habrá almas generosas que digan al Señor como nuestra *Azucena:* He aquí la víctima; caigan sobre mí los golpes de vuestra justicia; perdonad y salvad á mis hermanos culpables, á las naciones apóstatas?

CAPÍTULO XXXIV.

MANIFESTACIONES DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Luz en la habitación que fué de Mariana. — Música celestial que cura la sordera. — «Un imposible es lo que pides.» — Aparécese blandiendo una vara de fuego á una pecadora. — Cristo que se descubre. — Azucena que nace de la sangre de la santa. — Otras flores.

NUESTRO Señor, no bien resucitó, manifestóse de diversas maneras á sus discípulos y apóstoles. Entre los Santos, que reflejan no menos á Jesucristo glorioso que mortal, muchos, luego de expirar, dieron á conocer su gloria de un modo visible y maravilloso. Tal fué, entre otros, un San Pedro de Alcántara, apareciéndose á Santa Teresa. Tal esta misma Santa, á cuya muerte un árbol junto á su celda, seco desde varios años, reverdeció y se cubrió de flores; y algunas de sus hijas merecieron verla engalanada con los atavíos de la corte celestial. Mariana dió á conocer su gloria, ora llenando su habitación de luz y aromas celestiales, ora haciendo oir su voz en armoniosos cantares, ora apareciéndose, ora haciendo brotar de su sangre una azucena.

De la ventana del cuarto que fué de nuestra virgen salieron resplandores brillantes como rayos de sol;

cosa que notaron varias personas. Hechas todas las averiguaciones, vínose en conocimiento de que esos fulgores no provenían de causa natural. Diríase que eran los últimos vestigios de luz de un cometa que acaba de esconderse en el cielo empíreo.

Es más: la india Catalina, de quien ya tantas veces hemos hecho mención, con estar sorda como una tapia, oyó cierta noche en el aposento de Mariana una música celestial, tan melodiosa, tan expresiva, que la dejó extasiada; escuchó y distinguió las voces de Mariana y Sebastiana, quienes cantaban á dúo himnos de la Patria. Otras personas, invitadas por la buena Catalina, asistieron á ese concierto muchas noches. Lo cual consta en el Proceso. Asimismo consta que la india recobró perfectamente el oído.

Otra manifestación la otorgó la santa á su hermana mayor y segunda madre Doña Jerónima. Hallábase ésta en Ibarra, cuando le llegó la noticia de que una hija suya estaba enferma de muerte. Sin parar mientes en dificultades de toda clase, Doña Jerónima se puso en camino para Quito, á horas avanzadas de la noche. Mientras cabalgaba, entre otras oraciones que hacía incesantemente, dirigió esta á Mariana: «Hermana mía, alcanzadme de vuestro Esposo la salud de mi hija, pues la tengo muy apurada.» Acto continuo dormitó y vió en sueño á la *Azucena* diciéndole: «Un imposible es lo que pides, hermana, porque está decretada la muerte de tu hija, y así conviene.» Desapareció la visión; y Doña Jerónima, vuelta en sí, consideró aquella revelación profética ya como un hecho indubitable, tanto que, en llegando á Quito,

lo primero que dijo fué: «Infaliblemente muere mi hija.» Estas palabras parecían á los de la familia inspiradas por el temor maternal, tanto mayor cuanto mayor era el cariño; y para tranquilizarla, le aseguraron que, por el contrario, renacían las esperanzas. Sin dar crédito á ellas, Doña Jerónima atendió únicamente al bien del alma; é hizo muy bien, pues su hija murió.

La misma Doña Jerónima debió á su bienaventurada hermana dos curaciones milagrosas, con sólo invocarla y aplicarse reliquias de ella.

Doña María Rodríguez y Paredes, sobrina de nuestra *Azucena*, tenía á su servicio una mestiza llamada Beatriz, la cual padecía frecuentes jaquecas. Habiéndosele arreciado los dolores una noche más que de costumbre, le pusieron en la cabeza un huesecito de la Beata, envuelto en una venda, teñida en su sangre. Concluída aquella operación, Beatriz quedó sola en su cuarto. Como que servía, no á Dios, sino al demonio, á poco admitió la visita de un cómplice. ¡Oh ceguedad! ¿no era esto ofender al Señor en el momento mismo en que se le pedía un favor? ¿No era esto atraer sobre sí algún castigo inmediato? El castigo, si castigo fué lo que sucedió, no se hizo esperar. La parte superior del cuarto se abre por sí misma y baja una señora majestuosa, blandiendo su diestra una vara de fuego; acompáñanla, á manera de pajes, cuatro jóvenes, llevando cada cual un hacha encendida. «¿Cómo te atreves», dice la señora, que no era otra que Mariana, «siendo tan deshonesta y lasciva, á tener mis reliquias en tu cuerpo? Quítatelas luego, ó te quitaré la vida con

esta vara. Oir esto y llenarse de pavor la infeliz, y con mano convulsiva arrancarse reliquia y venda, todo es uno. Desaparece la visión dejando el cuarto en tinieblas más densas que antes. El espanto que se apoderó de los dos culpables es más para imaginado que para dicho; todo era clamor, llanto, sollozos, temblor y desesperación. Á estos gritos acudieron los patrones; é informados de lo ocurrido, tuvieron la pena, muy grande para cristianos, de saber que en su casa reinaba el pecado. En seguida les dieron los consejos que la religión inspira. Al día siguiente los culpables se casaron. Este suceso está consignado en las actas de la beatificación. Aprendamos del mismo á respetar y venerar las reliquias de los santos.

El mismo Salvador, por su parte, dió á conocer su estima por la que había sido aquí abajo su esposa crucificada y es allá en el cielo su esposa coronada de gloria. Mariana para excitarse á la piedad solía valerse de objetos sensibles; al efecto oraba con frecuencia delante de un devotísimo cuadro de nuestro Señor Jesucristo crucificado, primorosamente pintado al óleo. Concluída su meditación, Mariana cubría esa efigie con un velo, fijo en la parte superior del marco. Muerta la santa, cerróse con llave su habitación. Cierto día entró en ella una sobrina suya, la misma cuyo nacimiento milagroso había sido debido á la intercesión y auxilio de nuestra *Azucena,* y encontró descorrido el velo del cuadro; atribuyendo esto á causa natural, apresuróse á hacerlo caer de nuevo. Como observara el mismo fenómeno diferentes

veces y no hallara explicación adecuada, puesto que ella no había confiado á nadie la llave de la pieza, llamó la atención de la familia sobre el hecho, y todos comprobaron que el velo se alzaba por sí mismo de una manera naturalmente inexplicable. Once años después notóse idéntica maravilla por espacio de veinte días. Podemos creer piadosamente que el Esposo de las vírgenes, Jesucristo, haya querido dar á entender con esto que aquella imagen suya había de ser objeto de especial veneración y para muchos manantial de gracias, como lo había sido para Mariana. Así lo comprendió su sobrina, quien, haciéndose hija de Santa Teresa, se llevó aquel portentoso cuadro al convento del Carmen. Aun cuando en las imágenes que adornan nuestras casas no se realicen iguales prodigios, no por esto dejan de ser estímulos de devoción y fuentes de mercedes, y por consiguiente dignas de nuestra veneración y culto.

La misma naturaleza, instrumento dócil á la voluntad del Todopoderoso, publica á su manera las virtudes y glorias de la virgen quiteña.

Para convencer de esto á nuestros lectores, transcribiremos aquí lo que muy á nuestro propósito cuenta el Padre Butrón, compendiado por el presbítero Castro.

«Después de la muerte de la heroica virgen, pasando la india Catalina por cerca del hoyo en que echaba la sangre, vió con sorpresa en él una hermosa mata de azucena con tres gajos, y en cada gajo una rozagante flor. Corre apresurada á participar novedad tan extraordinaria á Don Cosme de Caso y á Doña Jerónima de Paredes, que habían hecho

las veces de amorosos padres para con Mariana. Pónese en movimiento toda la gente de la casa. Van á la huerta, y ven todos que del hoyo en que se vertía la sangre de la penitente doncella sale en realidad una vara verde de azucenas con tres ramas y tres flores, lozanas y olorosas. Admirados de que hubiese azucenas en aquel jardín, cuando hasta entonces no las hubo nunca, y sospechando que la mata no fuese nacida, sino postiza, cavaron la tierra y descubrieron que la sangre estaba fresca, roja y fragante, y que la vara nacía de la misma sangre en la cual se habían formado unas como venillas que le servían de raíces. Poseídos de indescriptible agitación Don Cosme y todos los suyos, arrancan la mata de raíz, y sin atreverse á tocar sus flores, la ponen en mano de una imagen de María Santísima, ofreciéndole así los primeros frutos de la santidad de Mariana. Divulgóse al punto la pasmosa nueva por la ciudad, y aunque al principio se contentó la gente con ver y respetar la azucena en manos de María Inmaculada, después se apoderó de sus hojas, que por muchos años se conservaron como preciosa reliquia. Este suceso mereció á Mariana el simbólico y popular renombre de *Azucena de Quito*. He aquí también el origen de pintar en las imágenes de nuestra santa una azucena *con tres flores*.

Así como á Lima regaló el Señor en su infinita bondad una *Rosa*, á Quito concedió una *Azucena*. Y si la primera, por haberle cubierto el rostro una hermosísima rosa en la cuna, cambió su nombre de pila Isabel por el de *Rosa de Santa María*; la

segunda, favorecida con un prodigio no menos inaudito, merece también con justicia ser llamada *Azucena de Quito*, sin perder su nombre de bautismo con su significativo aditamento que forma un compuesto tan grato á ella: *Mariana de Jesús*.

Por declaración de las Madres carmelitas sabemos igualmente que en el sitio donde se arrojaba la sangre y que quedó después en el recinto de su convento, nacieron durante muchos años aromáticas y delicadas flores, sin que las hubiese sembrado nadie, ni hubiesen menester más riego ni otro cultivo que el cuidado del cielo.

Procuremos dejar á nuestros sobrevivientes flores de buenos ejemplos, aromas de virtudes, el buen olor de Jesucristo.

CAPÍTULO XXXV.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA.

SUMARIO. ¿Qué es un santo en el cielo? — Mal de piedra. — Mal de corazón. — Tabardillo. — Encogimiento de brazo. — Pasmo curado milagrosamente por la aplicación del retrato ó de alguna reliquia de la santa. — Varios viajeros librados de la muerte. — Incendio apagado. — Pleito ganado. — Vivienda cómoda hallada por la intercesión de la santa. — La *Azucena* protectora de las señoras al ser madres.

QUÉ es un santo en el cielo? ¿Será únicamente una criatura racional que ha llegado á su fin supremo? ¿será tan sólo una luz vivísima que con sus ejemplos nos señala el camino de la bienaven-

turanza? ¿será solamente un hijo adoptivo de Dios, un coheredero de Cristo Señor nuestro, que ha entrado en posesión de la herencia eterna? ¿un luchador que, cual esforzado soldado de Jesús, ha arrebatado la palma de la victoria? ¿un escogido que, al decir de San Pedro, ha hecho cierta su elección con buenas obras? Un santo es todo esto, y es más que esto. Sí; es un amigo decidido, un amante hermano, *amator fratrum,* un intercesor poderoso y desinteresado, que sin cesar ruega por nosotros, *deprecatur pro populo.*

Tal es Mariana de Jesús. Qué lugar ocupe en la casa de nuestro Padre celestial, donde las moradas son tan numerosas y diversas como bienaventarados hay, lo ignoramos. Pero lo cierto es que Mariana en la gloria hace suya más que nunca la suerte de sus hermanos y devotos de la tierra. Pruébanlo las innumerables mercedes, milagrosas unas, maravillosas otras, caritativas todas, que en beneficio de quienes la invocan registran sus biógrafos, antiguos y modernos. — El Padre Butrón cita más de veinte curaciones, la mayor parte instantáneas, obtenidas por su intercesión. Las referimos aquí literalmente, salvo las reflexiones que intercalamos.

«Desahuciado ya, por un mal crónico de piedra, el provisor de la diócesis de Quito, entró á visitarle el venerable Hermano Hernando de la Cruz, á quien dijo estas palabras: 'Ya tengo la sentencia de muerte; no hay más que encomendarme á Dios muy de veras.' Reanimóle el buen Hermano con dulces palabras de esperanza, y mandó á buscar á su aposento un retrato

de Mariana. Llegado que fué, dijo el Hermano al enfermo que aquel retrato lo iba á sanar, y le rogó que se lo aplicase al lugar del mal con gran confianza en el Señor y en los méritos de Mariana; pero él no quiso aplicárselo en aquel punto, por temor de ofender la extrema pureza de la santa virgen, sino más bien sobre la cabeza y la corona. Gozoso el Hermano al ver el alto concepto que mostraba de la santidad de Mariana, le confirmó en él diciendo: 'Hace Vd. muy bien en venerar á la sierva de Dios, porque está en el coro de las vírgenes, entre las cuatro más privilegiadas.' La mejora con la aplicación del retrato fué instantánea, y la perfecta curación tan pronta y radical, que vivió muchos años después el afortunado canónigo, elogiando siempre á su protectora.»

«El señor cura de Pacto se hallaba ocasionalmente en Ibarra, á la sazón que una infeliz mujer sufría un mal de corazón que la sacaba de juicio, sin que ningún remedio le aprovechase. Sabiendo el citado cura que Don Cosme de Caso tenía un retrato de la sierva de Dios, se lo pidió para aplicarlo á la paciente; como lo hizo en efecto y con tan feliz resultado, que por tenerle un corto rato al lado del corazón logró no volver á padecer de semejante mal en todos los días de su vida.»

«En marzo de 1697 (52 años después de la muerte de Mariana) acometió un tabardillo tan fuerte á Doña Josefa Escorza, que, no hallando sus padres remedio alguno humano, acordaron llevar á la enferma un retrato de Mariana, para que con su vista

y fervorosa oración se obrase el milagro que esperaban. Así sucedió; no bien hubo entrado en la habitación el retrato, la enferma empezó á mejorar. hasta ponerse muy en breve buena completamente.»

«Iba una señora hacia su hacienda, situada en el hermoso valle de Chillo, á cuatro leguas de Quito, y halló á una india con un brazo encogido por enfermedad. Compadecida de su trabajo, le dijo que, si quería sanar, se encomendase muy de veras á la sierva de Dios, Mariana de Jesús, muerta en Quito en opinión de gran santidad; y le dió para que se lo aplicase, un pedazo de faja y sábana de la santa virgen. Obedeció la india, y al punto empezó á mover el brazo, quedando en breve sana y capaz de trabajar con él toda su vida.»

«Acometida una niña huérfana de doce años de edad, de un terrible pasmo en la cabeza, quedó privada de juicio, con los ojos torcidos y horriblemente desfigurada. Al momento la llevó Doña María Duchisela al sepulcro de Mariana y rogó al Padre Hernando de Alcocer que abriese la caja de piedra en que reposaban sus huesos. Logrado este favor, metió la cabeza de la niña en la caja, y al sacarla se la vió buena y sana, en su cabal juicio, con los ojos en su lugar y sin señal alguna del molesto accidente.»

No se crea que la gloriosa virgen haya limitado sus beneficios á los enfermos; muy al contrario, cuantos necesitados y afligidos han acudido á ella, no han quedado frustrados en sus esperanzas. Los elementos obedecen á su imperio, las aguas devuel-

ven sus víctimas y el fuego amansa sus iras. En confirmación de lo cual aducimos los hechos siguientes, tomados de las mismas fuentes que los anteriores.

«Juran conformes cinco testigos el siguiente prodigioso suceso como público y notorio en la villa de Ibarra. Viajaban á pie hacia el pueblo de Cayambe una mujer española con su hijo muy pequeño y un indio; y siendo indispensable vadear el río Guachalá, dijo la mujer al indio que lo vadease primero llevando al niño en brazos, y que ella los seguiría cuando los viese en la orilla opuesta. En efecto, el indio cargó con la criatura y empezó á pasar el río; mas á los pocos pasos el ímpetu de la corriente le derribó y envolvió en sus olas juntamente con el niño. Viendo la madre la inevitable pérdida de su amado hijo, invocó con todas sus ansias á Mariana de Jesús, pidiéndole socorro y auxilio en necesidad tan apremiante. Aún no había concluído la súplica, cuando el indio se encontró con el niño en la misma orilla del río en que se hallaba la madre, sin saber á quién atribuirlo. Bien lo sabía la madre, que había invocado á Mariana con toda confianza. Y no fué esto sólo, sino que registrando el cuerpecito del niño le hallaron sin la menor lesión, ni señal alguna de los golpes que por necesidad hubo de recibir de las piedras del río.»

«Diego Calahorra atravesaba en una mula un caudaloso río llamado de San Felipe, que corre por la provincia de Latacunga, y halló tan rápida y crecida la corriente, que, derribado de la mula, creyó segura su muerte. En tan terrible aprieto se acordó

de Mariana, cuya reliquia llevaba al cuello; se encomendó al Señor por su intercesión sin pronunciar más palabras que 'Jesús y María', y se halló salvo á la orilla del río, sin la menor lesión. Lleno de gratitud, no cesó de dar gracias á Dios y á su protectora, publicando por todas partes el hecho, para que otros acudiesen á su patrocinio en casos de apuro. Y es común opinión en esta ciudad de Quito, añade el testigo que con juramento declara sobre este suceso, que los que se valen del patrocinio de esta sierva de Dios alcanzan lo que pretenden.»

«Un sobrino de Mariana deseaba poseer un retrato de su tía, é hizo viaje ex profeso á Ibarra para llevar de allí uno á Quito, á fin de que un hábil pintor le sacase una copia. Regresaba ya muy contento con el retrato colgado al pecho, conversando con sus compañeros de viaje sobre la santidad y prodigios de la sierva del Señor, cuando en un pésimo paso de aquellos malos caminos tropezó la mula en que cabalgaba, con tal violencia que el jinete fué á dar de cabeza en un lodazal y encima le cayó la mula. Con toda la cabeza sumergida en el fango hasta los hombros y oprimido con el peso de la bestia, era indefectible su muerte, tanto más cuanto que sus pocos compañeros no podían socorrerle por la estrechez del camino, la mucha agua y lodo y lo impotentes para tamaña obra que los hacía su cortísimo número; mas el avisado joven acudió á tiempo á la proteccion de su tía, la que le alcanzó del Señor el beneficio de no morir ahogado en aquel lodazal,

donde permaneció con la cabeza enterrada, como se ha dicho, por espacio de media hora, tiempo más que suficiente para ser sofocado. Pasando luego por allí unos indios le sacaron entre dos sin la menor lesión, y sin que hubiese padecido avería el retrato. No concluyeron aquí las finezas de Mariana con su sobrino. Cuando éste llegó al pueblo de Guaillabamba, á siete leguas de Quito, fué acometido de una disentería en la misma noche de su llegada, de carácter tan alarmante, que todos creyeron próxima su última hora; mas él, renovando su confianza en su tía é invocándola de nuevo, á las cuatro de la mañana se halló libre de la enfermedad y en estado de seguir y concluir felizmente su viaje.»

«Estaba en su hacienda de caña, á ocho leguas de Ibarra, Doña María Rodríguez de Paredes, sobrina de Mariana, cuando un día, rendida la cocinera de fatiga y de sueño, se descuidó y prendióse fuego á la cocina de la casa contigua al ingenio, y de allí debía comunicarse á la de éste y á los cañaverales no muy lejanos. Siendo pajizo el techo de las casas, tomó el fuego tanto cuerpo en un momento, que bien se conoció ser inútil todo recurso humano para atajarle. En este conflicto acordóse Doña María de un retrato de su tía que tenía en su habitación; corrió á buscarlo, y con él por escudo se presentó animosamente al fuego como para detenerlo, y luego abrazada con él pronunció estas tiernas palabras llenas de fe: 'Tía mía, ¿cómo permites que se nos abrase la poca hacienda que tenemos?' Dicho esto, se acercó más al fuego, poniéndole como por barrera

la imagen. Al instante se obraron dos prodigios: del retrato empezó á brotar un sudor ó rocío muy copioso; y estando el cielo muy sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que solo él pudo extinguir el incendio, y dió tiempo para sacar á la cocinera, que infaliblemente hubiera muerto quemada. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.»

La angelical virgen se muestra poderosa abogada de las numerosas víctimas de injusticias domésticas y civiles.

«En todo apuro y necesidades de cualquier especie acudía al patrocinio de Mariana, Doña María Duchisela, señora de muchas y raras prendas, como lo hemos dicho más arriba, y la encontraba siempre propicia. Así le sucedió, por ejemplo, cuando, sin amparo humano en ocasión de haberle puesto pleito su marido, pidió un retrato de Mariana, y encerrándose con él, suspiró y lloró tanto, que, sin más recurso, alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda esperanza humana.—Otra vez, que el dueño de la casa donde vivía le pidió las piezas por cierto disgusto con ella, se dirigió al cuarto que había sido habitación de Mariana; allí de rodillas la invocó confiadamente, y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.»

¿Y habrá todavía quién pregunte para qué sirven los santos?

Conste aquí para consuelo de las señoras que van á ser madres, que tienen en la *Azucena* de Quito una especialísima protectora.—De San Gerardo Mayella leemos lo siguiente en una de sus biografías: «¡Á cuántas

madres asistió en casos trabajosos! ¡á cuántos pequeñuelos expuestos á morir sin bautismo dió generosamente la vida!... El Padre Tannoia atribuye al Santo predilección marcada para esta obra de bendición.» Otro tanto hemos de decir de la solitaria de Quito.

Estos favores de toda clase son una débil muestra de lo que la seráfica virgen puede y quiere hacer en gracia de sus devotos.

CAPÍTULO XXXVI.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Milagros modernos.—Curaciones.—Conversión de pecadores.—La paz renace en un hogar.

EL poderoso valimiento de la santa no se limitó á sus contemporáneos, sino que en nuestros mismos tiempos prodiga favores y mercedes á cuantos acuden á ella.

El señor presbítero Don Heliodoro Villafuerte, ecuatoriano, celosísimo propagador de la devoción á la *Azucena de Quito* y promotor ardiente de su canonización, ha publicado en Santiago de Chile un folleto, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su beatificación (1903); del que extractamos lo siguiente.

«Damos á conocer con inmensa complacencia á los devotos de Mariana de Jesús el nuevo y admirable prodigio obrado por su intercesión, según el relato que ha llegado á nuestro conocimiento, de una